

SE
extra
BOLSILIBROS

Selección

TERROR

PARAISO INFERNAL

**Clark
Carrados**



SE

Una cuerda y una toalla manchadas de sangre, y una inquilina desaparecida, Jennie Brice, convencen a la señora Pitman de que se ha cometido un asesinato en su pensión. Pero sin un cuerpo, la policía dice que no hay caso. Ahora, depende de la Sra. Pitman descubrir al asesino. Ser la dueña de la casa, es una excusa perfecta para hacer una pequeña investigación, usando la llave del apartamento de Jennie.

Personajes

ELIZABETH MARIE PITMAN

La dueña de una casa de pensión en el distrito de las inundaciones de la ciudad de Allegheny; aunque en su rostro se reflejan los sufrimientos y la pobreza, tiene el cabello gris y la vida la ha hecho dura, es todavía, debajo de la superficie, una mujer bondadosa.

PHILIP LADLEY

Un actor de baja estatura, algo gordo, y sin trabajo, quien escribe una obra en la que los Shubert le darán el papel principal.

JENNIE BRICE

Esposa del señor Ladley; una actriz rubia, bastante atractiva, que desempeña papeles de poca importancia en una compañía de teatro.

ZACARÍAS REYNOLDS

Uno de los pensionistas de la señora Pitman, que trabaja en el departamento de sedas de una gran tienda, le gustan las novelas policiales, siempre recuerda que la señora Pitman es una dama, y es muy ordenado en sus hábitos.

EL SEÑOR HOLCOMBE

El hombrecillo siempre alerta, amigo de los perros y gatos durante la época de las inundaciones, y que tiene la costumbre de anotar todo en una libreta.

ELLIS HOWELL

Un joven periodista de buena familia, pero sin dinero, excepto lo que gana.

LIDA HARVEY

La bonita sobrina de la señora Pitman, quien, a pesar de haber sido educada en el lujo, tiene una naturaleza simpática y dulce.

TEMPLE HOPE

La estrella de la compañía del Liberty Theatre.

EL SEÑOR GRAVES

Un detective del departamento de policía.

ELIZA SHAEFFER

La encargada del correo del pequeño pueblo de Horner. Vive con su madre en una pequeña granja y vende pollitos.

ALICE MURRAY

Una mecanógrafa que no tiene oficina, y trabaja en su casa pasando a máquina las cuentas de los comerciantes de la vecindad.

CAPÍTULO I

Acabamos de sufrir otra inundación, bastante mala, aunque sólo hubo un metro de agua en el piso bajo. Ayer hicimos sacar el barro del sótano y hallamos a Peter, el perro de aguas que el señor Ladley dejó cuando «se fue». La inundación, y el hecho de que fuera el perro del señor Ladley el que se hallara medio enterrado en el sótano, me hizo recordar los extraños acontecimientos de la otra inundación ocurrida hace cinco años atrás, época en que el agua llegó hasta el primer piso, y trajo con ella, para algunos, misterio y súbita muerte, y para mí momentos de apuro como no los he pasado nunca.

Me llamo Pitman... en este relato. En realidad, mi nombre no es Pitman, pero servirá para el caso. Pertenezco a una vieja familia de Pittsburgh y nací en la Avenida Penn en la época en que era esa la parte más aristocrática de la ciudad, y viví hasta los quince años muy cerca de lo que ahora es el Pittsburgh Club. En aquella época era una mansión ocupada por una familia, de la que no recuerdo ni siquiera el nombre.

En el año 1877, durante las huelgas del ferrocarril, era yo una niña, y recuerdo que nos alejamos de la ciudad en el coche de la familia para observar desde los Montes Allegheny cómo se incendiaban los talleres. Al año siguiente huí de la escuela para contraer matrimonio con el señor Pitman, y desde entonces no he visto a mi familia. Nunca nos reconciamos, aunque yo regresé a Pittsburgh después de veinte años de viajes continuos. El señor Pitman había

muerto; la vieja ciudad me atraía, de manera que aquí estoy. Tenía más o menos unos cien dólares, y alquilé una casa en la baja Allegheny, donde, debido a que las casas se inundaban todas las primaveras, la renta era muy baja, y puse una casa de pensión. Mi casa estaba siempre limpia y en orden, y aunque el barrio tenía mala fama, muchos actores se alojaban en mi pensión. Con una marcha de cinco minutos atravesando el puente podían llegar al distrito teatral. Creo que en aquella época, Allegheny era una ciudad independiente. Pero ahora forma parte de la ciudad de Pittsburgh y es su Barrio Norte.

Me alegré de volver a mi ciudad natal. Trabajaba mucho, pero ganaba lo suficiente para pagar los alquileres, vivir y guardar algo de dinero. De vez en cuando, las noches de verano, solía ir a uno de los parques, y sentándome en un banco, observaba a los chiquillos jugar en el césped, y miraba a la casa de mi hermana, que se hallaba cerrada durante el verano. Es una mansión muy espaciosa; en cierta época tuve de pensionista a la esposa del mayordomo.

Es curioso recordar que, en aquel tiempo, hace cinco años, nunca había visto a mi sobrina, Lida Harvey, y pensar luego que sólo antes de ayer vino en su automóvil y me saludó, mientras un policía me traía en un bote un canasto de provisiones que me enviaba ella.

No sé qué hubiera dicho la niña si supiera que la mujer madura, vestida con un traje de algodón y cubierta con un viejo abrigo y un par de botas de goma, era su tía carnal.

La inundación y la presencia de Lida me hicieron recordar el caso de Jennie Brice. Pues en aquella época, Lida y el señor Howell estaban muy interesados el uno por el otro.

Estamos en el mes de abril. La inundación de 1907 ocurrió algo antes, en marzo. Había sido un invierno largo y crudo, y la nieve cubrió repetidas veces el valle superior. Luego, a comienzos de mayo, comenzó el deshielo de primavera, y los ríos se llenaron de trozos enormes de hielo que corrían locamente.

Pasan tres ríos por Pittsburgh, el Allegheny y el Monongahela que se unen en el Point para desembocar en el Ohio. Y los tres estaban cubiertos con trozos de hielo, leños, y toda clase de desperdicio de los valles superiores.

La oficina meteorológica emitió un aviso de peligro, y yo preparé mis alfombras para levantarlas por la mañana siguiente. Eso ocurrió el domingo cuatro de marzo. El señor Ladley y su esposa, Jennie Brice, ocupaban el dormitorio del frente y otra habitación más. La señora Ladley, o mejor dicho la señorita Brice, como prefería darse a conocer, tenía un papel de poca importancia en un teatro local que mantenía una compañía permanente. Su esposo también se ocupaba de asuntos teatrales, pero no tenía nada que hacer. Era la mujer la que pagaba las cuentas, y eso era causa de muchísimas discusiones entre la pareja.

Golpeé a la puerta a eso de las diez, y el señor Ladley me abrió. Era él un hombre de baja estatura, algo regordete y de calvicie incipiente, y siempre tenía un cigarrillo encendido en la boca. Aun ahora, su dormitorio conserva el aroma del tabaco.

—¿Qué quiere? —me preguntó con brusquedad, sosteniendo la puerta abierta sólo unas pulgadas.

—El agua está subiendo muy rápido, señor Ladley —re-puse—. Está ya a la altura de la banderola del sótano. Quisiera levantar la alfombra y retirar el piano.

—Vuelva dentro de una hora —replicó, y trató de cerrar la puerta; pero yo había colocado mi pie para evitar tal cosa.

—Tengo que hacer retirar el piano, señor Ladley —le dije—. Será mejor que postergue lo que esté haciendo.

Creí que estaría escribiendo. Se pasaba casi todo el día escribiendo, usando el estante del lavatorio como escritorio, y yo debía siempre limpiar con ácido las manchas de tinta de la palangana y las toallas. Estaba escribiendo una obra, y decía constantemente que los Shuberts le habían

prometido hacerle representar el papel principal cuando la hubiera terminado.

—¡Infiernos! —exclamó, y volviendo la cabeza, habló a alguien que se hallaba en la habitación.

—Podemos ir al otro cuarto —le oí decir, y cerró la puerta.

Cuando la volvió a abrir, la habitación estaba vacía. Llamé a Terry, el irlandés que suele trabajar para mí de vez en cuando, y entre los dos nos pusimos a quitar las tachuelas que sujetaban la alfombra. Terry trabajaba del lado de la ventana, y yo cerca de la puerta que daba a la otra habitación, la que los Ladley usaban como dormitorio.

Así fue como oí lo que más tarde narré a la policía.

Alguien —un hombre, aunque no el señor Ladley— estaba hablando. La señora Ladley le interrumpió:

—¡No lo haré! —dijo con voz cortante—. ¿Qué motivo tengo para ayudarlo? Él no me ayuda a mí. Se lo pasa ocioso todo el día aquí, fumando y durmiendo, y se queda levantado toda la noche, bebiendo y sin dejarme dormir.

Se oyó de nuevo la voz desconocida, como si replicara a la señora, y oí el tintinear de vasos. Siempre solían beber whisky, aun cuando estuvieran atrasados en la renta.

—Eso está muy bien —dijo la señora Ladley en voz alta—. ¿Pero qué haremos con la bruja espía que maneja la casa?

—¡Más bajo, por amor de Dios! —intervino el señor Ladley, y después de eso siguieron hablando en murmullos. Aun con la oreja pegada al entrepaño, no pude distinguir una sola palabra.

En ese momento entraron los obreros que debían retirar el piano, y para cuando lo hubimos sacado, llevándolo junto con los muebles al piso alto, el agua cubría ya el piso de la cocina y comenzaba a entrar en el hall. Nunca había visto subir el río con tanta rapidez. Al llegar el mediodía, el patio estaba lleno de hielo flotante, y a las tres de la tarde el bote de la policía se hallaba en la calle principal, y yo camina-

ba de un lado para otro calzada con botas de goma y sacando los cuadros de la pared.

Estuve demasiado ocupada para enterarme de la identidad del visitante de los Ladley, y ya se había retirado cuando volví a recordarlo. Los Ladley tomaron la habitación del frente del primer piso, que estaba desocupada, y el señor Reynolds, quien trabajaba en el departamento de sedas de una tienda situada al otro lado del río, ocupó el cuarto detrás del delantero.

Coloqué una cocinita a carbón en el cuarto trasero y me las arreglé para cocinar allí la cena. Estaba lavando los platos cuando entró el señor Reynolds. Como era domingo, tenía puestas sus zapatillas y llevaba en la mano el suplemento en colores del diario de la mañana.

—¿Qué pasa con los Ladley? —me preguntó—. No me dejan leer tranquilo con sus discusiones.

—Será la bebida, probablemente —repliqué—. Cuando haya vivido usted tanto tiempo como yo en el distrito de las inundaciones, se dará cuenta que la subida del río es la señal para que todos los hombres de la vecindad dejen de trabajar y se llenen de licor. Cuanto más lleno el río, más llena aún la población masculina.

—Entonces, esta inundación les hará emborracharse hasta morir —comentó—. Es una preciosura.

—Es la fiesta anual de todo el vecindario. Las mujeres están demasiado ocupadas cuidando que no se les ahoguen los hijos, de otro modo también se darían a la bebida. Ya que ha subido tanto el río, tengo la esperanza de que suba aún más, así el dueño tendrá que cambiar el empapelado de la sala.

Eso fue a las tres de la tarde. A las cuatro, el señor Ladley bajó la escalera y le oí subir a un bote en el hall del piso bajo. Durante todo el tiempo se mantenía un tráfico constante de botes, llenos de curiosos, o llevando a los vecinos hasta el almacén cercano, desde cuyo piso alto descendían las mercaderías en un canasto sujeto a una cuerda.

Yo estaba preparando el té cuando oí que salía Ladley. Coloqué una taza llena y algunas galletas en una bandeja y lo llevé a su habitación. Nunca me había gustado la señora Ladley; pero hacía mucho frío en la casa con el piso bajo lleno de agua helada. Además, cuesta mucho trabajo conseguir pensionistas en el barrio de las inundaciones.

Como no respondió a mi llamada, abrí la puerta y penetré en la habitación. Estaba ella sentada frente a la ventana, mirando a su marido que se alejaba, y la maleta de color pardo, que figuró después en el caso, se hallaba abierta sobre el piso. Encima de la cama estaba el vestido blanco y negro con el cuello rojo.

Cuando le hablé, se volvió rápidamente. Era una mujer de elevada estatura, de unos veintiocho años de edad, con dientes muy blancos y cabellos rubios, los que separaba en dos y se echaba por detrás de las orejas. Tenía un rostro grande y serio, manos bien formadas, con uñas largas y cortadas en punta.

—La «bruja» le ha traído un poco de té —le dije—. ¿Dónde pongo la bandeja?

—¡Bruja! —repitió, elevando las cejas—. Pues es una bruja muy buena. ¿Quién la llamó así?

Mas, al ver la maleta y por temor de que se fuera, pensé que sería mejor no discutir con ella. La mujer se había separado de la ventana y tenía ahora entre las manos una lima de uñas.

—No tiene importancia —dije—. Espero que no se vaya usted. Estas inundaciones no duran mucho, y son un gran beneficio. Muchos de los vecinos confían en ellas para que les laven los sótanos todos los años.

—No, no pienso irme —replicó perezosamente—. Llevaré ese vestido al teatro para la señorita Hope. Lo usará la semana que viene en «la Tía de Carlos». No tiene suficiente guardarropa como para su papel de estrella. ¡Caramba, se me ha quebrado la uña del pulgar!

¡Qué pena que no miré qué pulgar era! Pero me hallaba muy ocupada poniendo la bandeja sobre el lavatorio, y, además, Peter, el perrito, me pedía azúcar y se la di.

—¿Dónde está el señor Ladley? —pregunté.

—Se ha ido para ver el río.

—Espero que tenga cuidado. Todos los años se ahogan dos o tres personas a causa de estas inundaciones.

—Entonces espero que no lo tenga —repuso con toda calma—. ¿Sabe usted lo que estaba haciendo cuando entró usted? Miraba su bote, con la esperanza de que tuviera un agujero.

—No sentirá usted lo mismo mañana, señora Ladley —protesté escandalizada—. Está nerviosa. La mayoría de los hombres tiene sus momentos malos. Muchas veces tuve deseos de que el señor Pitman se muriera... hasta que falleció. Entonces hubiera dado todo lo que tenía para tenerle conmigo otra vez.

Estaba ella frente a la cómoda, arreglándose el cabello. Se volvió para mirarme por encima del hombro.

—Probablemente el señor Pitman era un hombre —dijo—. Mi esposo es un monstruo, un diablo.

Bien, muchas mujeres me han dicho eso en diferentes oportunidades. Aunque nunca me hubiera yo atrevido a repetir sus propias palabras el día siguiente, pues se hubieran lanzado contra mí con furia incontenible. De modo que nada dije, y puse crema en su té.

Nunca más volví a verla.

CAPÍTULO II

No se duerme mucho en mi barrio durante las inundaciones de primavera. Como estaba cerrado el paso del gas, les entregué a los Ladley y al señor Reynolds una lámpara a cada uno. Me senté en el cuarto trasero que había convertido en cocina temporal, y me arrojé con una vieja manta. El agua se elevó hasta mitad del hall, pero a media noche dejó de elevarse al llegar a la altura del séptimo escalón. Durante la temporada de las inundaciones, siempre tengo un bote listo, y, al elevarse el agua, lo aseguré a la barandilla de la escalera.



Me preparé una taza de té, y alrededor de la una me acosté en el sofá para dormir algunas horas. Creo que había dormido más o menos una hora cuándo alguien me tocó en el hombro y me desperté sobresaltada. Era el señor Reynolds, que estaba vestido a medias.

—Alguien ha andado por la casa, señora Pitman —me dijo—. Se acaba de retirar en el bote.

—Tal vez fuera Peter —sugerí—. Ese perro vagabundea toda la noche.

—No lo creo, a menos que Peter sepa remar —repuso secamente el señor Reynolds.

Me levanté y, tomando una vela, me dirigí hacia la escalera. Noté que eran las dos pasadas cuando salimos de la habitación. El bote había desaparecido; habían cortado la amarra. El extremo de la cuerda se hallaba todavía asegurado a la barandilla. Tomé asiento en un escalón y miré al señor Reynolds.

—¡Ha desaparecido! —exclamé—. Si la casa se incendia, tendremos que ahogarnos.

—Pues, verá usted, no se me había ocurrido la posibilidad. —Hablaba en voz baja para no despertar a los Ladleys—. Estaba despierto, y no oí entrar ningún bote. Y, sin embargo, si nadie vino en un bote, tendrán que haber nadado para llegar hasta aquí.

Sentí cierto temor. La puerta de calle estaba abierta, por supuesto, y las luces encendidas en la calle. Me daba la extraña impresión de estar observando la entrada de una caverna. Hacía mucho frío y el viento tomaba incremento.

—Revisaré toda la casa —anunció el señor Reynolds—. Tal vez no sea más que algún borracho; pero será mejor que me asegure.

Me dejó allí sola en la oscuridad. Tuve el presentimiento de que pasaba algo malo; pero traté de atribuir mi aprensión al frío y a la incomodidad. El agua, movida por el viento, se agitaba a mis pies. Algo oscuro entró flotando y se asentó en uno de los escalones. Estiré la mano para tocar-

lo; era un gatito muerto. Nunca creí que me trajeran buena suerte los gatos, y tenía uno muerto a mis pies.

El señor Reynolds regresó al cabo de un momento, y me comunicó que la casa estaba en orden.

—Pero encontré a Peter encerrado en una de las habitaciones del segundo piso —finalizó—. ¿Lo puso usted allí?

Le contesté que no; pero como el perro andaba por todas partes, y la puerta podría haberse cerrado con el viento, no le dimos mucha importancia a ese detalle.

Bien, el bote había desaparecido, y no valía la pena preocuparse hasta la mañana siguiente. Regresé al sofá para mantenerme caliente, pero dejé la vela encendida y la puerta abierta. No dormí; el recuerdo del gatito muerto ocupaba mi pensamiento, y, como si no fuera ya bastante malo que me hubiese llegado a los pies, alrededor de las cuatro de la mañana se presentó Peter con el animalito en la boca.

Miré al reloj. Eran las cuatro y cuarto y, excepto por el crujido ocasional de algún pedazo de hielo entrechocando con otro en el patio, todo estaba silencioso. En ese momento oí el sonido cauteloso de los remos al chapotear en el agua.

No soy una mujer valerosa. Allí me quedé, alimentando la esperanza de que el señor Reynolds oyera el ruido y abriera su puerta; pero mi inquilino dormía plácidamente. Peter emitió un gruñido y corrió hacia el hall, y casi enseguida oí la voz del señor Ladley que decía:

—Quieto, Peter, quieto. Vete de aquí.

Tomé la vela y salí al hall. El señor Ladley estaba tratando de atar la cuerda del bote a la baranda de la escalera. La cuerda era corta, y le costaba trabajo hacerlo. Tal vez fuera efecto de la luz de la vela, pero me pareció que estaba muy pálido y con aspecto fatigado.

—Tomé prestado su bote, señora Pitman —dijo, con bastante cortesía—. Mi señora no se sentía bien, y yo... yo fui a la farmacia.

—Ha tardado usted más de dos horas en ir a la farmacia —comenté.

Murmuró algo respecto a que no encontró ninguna abierta al principio, y luego se retiró a su habitación. Cerró la puerta con llave, y aunque Peter gemía y arañaba la madera, no le dejó entrar.

Parecía tan agitado que pensé haber sido demasiado ruda con él, y que tal vez ella estuviera realmente enferma. Di un golpe a la puerta y le pregunté si podía ayudarles en algo; pero sólo me respondió que no con voz ronca, y me dijo que me llevara al perro.

Volví a acostarme y traté de dormir, pues el agua había comenzado a bajar un poco, y sabía que ya había pasado el peligro. Al llegar el alba se me acercó Peter temblando y saltó al sofá. Le cubrí con un extremo de la manta y se durmió al cabo de un rato.

El perro me servía de compañía. Me quedé despierta, pensando respecto al fallecimiento del señor Pitman, y la forma como había ido yo bajando de categoría hasta llegar a ser dueña de una casa de pensión barata en el distrito de las inundaciones, y a tener que soportar los insultos de los que se alojaban en mi casa y me llamaban «bruja». De eso pasé luego a pensar en los Ladleys, y recordé que ella había llamado monstruo a su marido, y comencé a dudar que él hubiera ido a buscar remedios para ella. Cuando comenzó a clarear me venció la fatiga y caí en profundo sueño.

A las siete de la mañana se me acercó el señor Reynolds ya listo para salir a su trabajo. Era un hombre alto de unos cincuenta años, muy pulcro y de costumbres morigeradas, y siempre recordaba que yo había visto épocas mejores y me trataba como a una dama.

—No se preocupe por el desayuno para mí, señora Pitman —dijo—. Tomaré una taza de café en el otro lado del puente. Me llevo su bote, pero se lo mandaré de vuelta con Terry.